

## Julio Verne: de la ciencia al imaginario

Francisco Jarauta

Julio Verne murió en Amiens el 24 de marzo de 1905 dejando tras de sí una obra cuya fortuna crítica fue más allá de las exigencias literarias impuestas por la gran novela del siglo XIX y se amparó más bien en el interés despertado por la serie de viajes y aventuras que su editor, Hetzel, publicó bajo el título de *Les voyages extraordinaires*. En efecto, descubrir los fondos marinos en compañía del capitán Nemo, aceptar con Phileas Fogg el desafío de una vuelta al mundo en ochenta días, iniciar el camino que lleva a las entrañas de la tierra en compañía del joven Axel o poner rumbo al Polo Norte en la del capitán Hatteras no podía menos que fascinar a unos lectores que habían hecho de la curiosidad su principal disposición cultural.

Tras esa pasión narrativa se agitaba otra por la ciencia y el progreso, valores absolutos de una época cuya agenda de descubrimientos científicos marcaba una nueva frontera con los tiempos que la habían precedido, instaurando ahora su verdadera condición de moderna. La ciencia se había convertido en un hecho social, visible desde sus aplicaciones sociales, sus inventos y todo aquel sistema de *nouveautés* que invadían las sociedades metropolitanas y recorrían el mundo con su evangelio de progreso. Quién podría resistirse a las maravillas que las Exposiciones Universales, desde la primera de Londres, en 1851, iban mostrando como el verdadero rostro del siglo. Y nadie como Grandville para reconocer la fuerza de la primera Exposición parisina al escribir en el boletín de presentación aquel «vendrán de todo el mundo, amarán los nuevos productos, adorarán las nuevas máquinas, serán modernos». Nadie podría resistirse a tal fascinación. Julio Verne pertenece a aquella generación que considera a la ciencia como la forma principal de la cultura, atribuyéndole el poder explorador de un nuevo mundo, más allá de las fronteras heredadas de la primera época moderna. Y si la burguesía, que había organizado sus estrategias a partir de la Restauración a través de las finanzas y la industria, forja las armas de un nuevo poder, será un escritor como Verne quien haga suya la tarea de narrar e inmortalizar esta marcha hacia el progreso describiendo los nuevos mitos. El descubrimiento de la tierra, los otros pueblos, el papel de la ciencia, la educación como ideal social y la formación moral de los niños de acuerdo

con los valores de la República. Andes e Himalaya, Kalahari y Sahara, Pacífico y Mediterráneo, Amazonas y Danubio, volcanes, lagos y otros territorios hasta ahora inéditos pasarán a formar parte de la geografía de sus viajeros. Después de Stanley, Livingstone, Mac Clure o Gordon Pym, los héroes vernianos dibujan la dimensión real de la tierra que se abre ahora a la ansiosa curiosidad del siglo.

Parecía como si el siglo XIX se hubiera dado como objetivo el descubrimiento de todos sus horizontes, y para acceder a ellos y recorrerlos eran necesarios estos *voyages extraordinaires* que Julio Verne ideara, siempre de la mano del principal editor del siglo, Pierre-Jules Hetzel, publicados en gran parte en el *Magasin d'éducation et de récréation*. Nada se ajustaba mejor a tal empresa que la invención de nuevos viajeros dispuestos a la experiencia de infinitas peripecias. El viaje, escribirá Michel Serres en sus *Jouvenesses sur Jules Verne*, será el método y la medida. Los *voyages extraordinaires* desarrollarán una estructura que, tanto por el modelo espacial y geográfico que aplica como por el modelo de saber enciclopédico utilizado o por el modelo de tiempo e historia desde el que interpreta la experiencia y el destino humanos, ayuda a entender la época como un proceso abierto marcado por la dirección del progreso y la felicidad humana, en el fondo una especie de optimismo darwiniano que Verne problematizará más de una vez haciendo necesaria la conveniente educación moral. No deja de ser curioso cómo el mismo Hetzel, que dio al conjunto de viajes escritos por Julio Verne el título de *Les voyages extraordinaires*, diera también como título al conjunto de las novelas de Balzac el de *La comédie humaine*, dos miradas que se cruzaban en sus diferentes trayectorias y que daban cuenta de los otros viajes más cercanos y que recorrían con igual atención y precisión las formas de vida de la nueva burguesía de la Restauración o del Segundo Imperio. Una geografía, la recorrida por Balzac, no menos sorprendente y que mostraría otro lado de una época que ve transformarse sus estructuras sociales y sus estilos de vida, y que, en claves distintas, interpretarán tanto los científicos sociales, como Comte o Marx, como sus novelistas, como Dickens o Balzac. Siempre he querido imaginarme una detenida conversación entre Marx y Dickens en un *pub* de la Victoria Station en torno a los cambios de la sociedad londinense de los años sesenta.

Los grandes maestros de Verne son más los viajeros que los sabios, y los narradores de una cierta especie, como Hoffman y Poe de una manera particular. El conocimiento no es propiamente hablando el objetivo del viaje, es más bien su medio. Viajar para conocer es menos importante que partir a la búsqueda de una persona perdida —el capitán Grant, John Branican— o de un secreto. La aventura ocupa el centro de la ficción debido a este desplazamiento de sus objetivos. Nada lo ilustra mejor que el comienzo del capítulo II de *Clovis Dardentor*. «Nous voici en route, dit Marcel Lornane, en route vers... L'inconnu, réplique Jean Taconnat... L'inconnu qu'il faut fouiller pour trouver du nouveau, a dit Baudelaire!». Tras él se anunciarán nuevas dimensiones, otros posibles que casi de forma magnética atraerán la curiosidad nunca satura-



da de los héroes vernianos. Es decir, que no se puede limitar el viaje al descubrimiento científico, ni a la colonización, que en *L'île mystérieuse*, por ejemplo, no es más que una etapa, un entreacto antes de un nuevo viaje. Y es esta condición la que aproxima a Verne a sus viajeros preferidos, como Hoffman y Poe. En ellos descubre una relación más próxima del imaginario que de la ciencia, dejando a aquel la libertad de dibujar escenarios fascinantes, imposibles, contruidos, bien es cierto, con materiales que la ciencia provee y suministra. Posiblemente la mejor manera de entender los relatos de Verne sea observar cómo en su cultura se articulan un espacio dominado por el saber científico y un imaginario que va más allá de lo real y del saber, para diseñar unos mapas sobre los que construye una feliz narración de la tensión utópica de la época, cuyos límites explora el capitán Nemo.

Michel Butor lo ha observado: el punto sublime de todo viajero verniano es la promesa de un final feliz, que, sin embargo, va cargándose de sombras en sus últimos relatos. Se diría que el viejo sueño saint-simoniano, al que Verne permanecerá fiel, da paso a otros sueños más lejanos a los ideales morales de la República. Una lectura de *Le Chancellor* muestra hasta qué punto el pesimismo va cobrando fuerza en las ideas que Verne tiene sobre su época. Un sueño que paulatinamente cederá a otro y para el que la tensión moral de los utopistas sociales es cada vez más débil. La que había nacido como Revolución moral pasaba a ser Revolución industrial, que hacía plausible un nuevo mito como el del progreso. Ciencia y sociedad se encontraron en aquel mito, que pasó a ser parte dinámica de las sociedades industriales del siglo XIX. Verne intuyó que tras la época se dibujaba un mundo nuevo, hacia el que las sociedades modernas caminaban. Fue él quien mejor trazó el camino que va de la ciencia al imaginario, sin poder definir las condiciones morales y políticas de las sociedades de su tiempo. Sin embargo, más allá del sueño o del mito, se imponían los hechos con su intensidad y dramatismo. No en vano Verne se reconocía lector apasionado de Victor Hugo. En él había encontrado aquella pasión por la historia, por la fuerza de los acontecimientos, por el destino humano, tantas veces dramático. Y si en su obra se habían encontrado el ideal del viaje, como experiencia formativa, con el ejercicio visionario de quien adivina, desde la distancia, que el orden de los posibles se ha ampliado y solo basta inventar un capitán Nemo dispuesto a recorrer los mares o el espacio para habitar ya en ellos, más tarde entenderá que la estela de los ideales primeros aparecía entonces como una vía tenebrosa y violenta, más cercana a *The narrative of Arthur Gordon Pym*, de Edgar A. Poe, que pronto pasará a ser el modelo de los viajeros románticos de la mitad del XIX y que Baudelaire consagrará como el ejemplo del viaje interior. Entre uno y otro crecerá la sensación de un extravío entre las condiciones políticas y morales de la época.

En esta misma dirección, Michel Foucault ha insistido en la distancia que en los relatos de Verne define la diferencia entre el sabio y el héroe. Podríamos decir que el sabio permanece al margen de la aventura o la historia. El sabio o científico es un puro



Primera edición de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en la colección *Viajes extraordinarios* de la editorial Hetzel. París, 1890

intermediario. Su función es simplemente aplicar su saber y sus competencias, pero le es negada toda otra responsabilidad. A diferencia del sabio, el héroe se halla en el centro de la aventura. A él toca la decisión del momento de la partida, la guía a lo largo del viaje, la responsabilidad de las decisiones y las alternativas. Verne consigue que el sabio se retire de la escena, atento exclusivamente a sus menesteres, para dar un lugar central a la figura del héroe, ahora viajero y aventurero. No importa si a veces el héroe es profundamente ignorante o simplemente ingenuo, Verne le concederá el aura de su condición romántica, dispuesto siempre a partir sin conocer su destino. Se presenta como una difícil relación que, como si se tratase de una parábola edificante, mostrara lo que ya Schopenhauer había identificado como el principio de la división de la conciencia moderna, que terminará por autonomizar el primado de la voluntad sobre el de la razón y el saber, una separación que tendrá como escenario privilegiado la crisis misma de la conciencia romántica. Solo cuando en el horizonte del viajero se

anuncia el *maelstrom* insuperable, el naufragio de la voluntad lleva al héroe a su ruina. Poe convertirá ese momento en el más alto momento de gloria, en el instante verdadero en el que nos es dado el saber acerca de la condición humana. Melville o Conrad, pero también y sobre todo Baudelaire, coincidirán con Poe en la visión de una época atravesada por fuertes tensiones que terminarán desencadenando un ciclón, dirá Conrad, que solo los héroes del mar podrán atravesar. *Moby Dick*, de Melville, igualmente señalará un mismo destino y un similar desafío.

Sin duda alguna, es la figura del capitán Nemo la que mejor representa las intenciones de Verne y la obra que lleva hasta el límite las condiciones de sus héroes. El texto aparece en folletín en el *Magasin d'éducation et de récréation* de Hetzel entre el 20 de marzo de 1869 y el 20 de junio de 1870. Ese mismo año, encuadernado en pequeño formato, sin ilustraciones, y al año siguiente, 1871, en gran formato ilustrado en la serie de los *Voyages extraordinaires*. *Veinte mil leguas de viaje submarino* será el relato apasionante de las aventuras del legendario capitán Nemo, cuyo individualismo libertario lo llevará a recorrer los mares de la tierra a bordo del *Nautilus*, una de las construcciones más fantásticas de la literatura moderna. Y ninguna presentación más explícita de quién sea el capitán Nemo como su declaración al profesor Aronnax al comienzo del capítulo 10: «Señor profesor [...] yo no soy lo que usted llama un hombre civilizado. He roto por completo con toda la sociedad, por razones que yo solo tengo el derecho de apreciar. No obedezco a sus reglas, y le conjuro a usted a que no las invoque nunca en mi presencia». Esta extraña decisión moral que en otros lugares anuncia —«hoy he roto todos mis lazos sociales y me embarco»— y que posiblemente justifique el nombre de Nemo o de Nadie para indicar la ausencia de pertenencias familiares o sociales, pasa a ser la más exacta y perturbadora definición que Julio Verne nos ofrece de su héroe. Y si la visita al *Nautilus* no hace más que llevar al extremo la creciente admiración de Aronnax ante la biblioteca, las colecciones de arte y las propias de un consumado naturalista, sin olvidar las condiciones técnicas de la nave, más cercanas a la ficción que a la realidad de la ciencia de la época, esta admiración se detendrá ante el oscuro fondo de la mirada de Nemo, que guarda para sí las intenciones secretas del viaje. Este se terciará de descubrimientos fascinantes e inverosímiles, junto a las aventuras más cercanas a los propósitos liberadores de quien ha hecho suyo el ideario de la libertad. Una historia que va más allá de las otras crónicas de viajes y que, por el contrario, hace de ella el modelo de todo viaje posible, sean cuales sean las brumas que ocultan el horizonte. Un viaje que cada época tiene que volver a inventar si quiere llegar a la orilla del futuro. Quizás sean estas las razones por las que en uno de los muros del *Tacheles* berlinés siga preguntándose *Wo ist captain Nemo?*

Francisco Jarauta